

... Lenguaje. Un texto de Valle Inclán. Autor, Vicente Granados. Fecha de emisión, 25 de marzo de 1980. ... Escuchemos en primer lugar el texto que comentaremos hoy. La riada. Giraban las aspas del molino con un vértigo negro de pájaros que se spectcottaban los hombres sobre los suyos. ... A arleb manter la budgetinga eggs y sus cuadernos. ... El ser humano en el balance. ... El ser humano en el balance tiene las bastissellas y las cadenas foliadas. Realmente él es como si aconteciera algo M global y el sistema de Valle Inclán que continúa con la trasplante caliente y constantemente a la orilla de la alianza. ... A la batería de Valle Inclán.

absurdos. Uroneaba por los olivares el viento. La zorra huyaba al borde de la barranca y su hálito fosforecía en la nocturna tiniebla. Bajo la luna, la quiebra azulada del horizonte, indecisa de resplandores y nieves, tenía un pronto y confuso tumulto de rebotante marea. Saltante, pujante, espumeante torbellino de crines al viento. Hacían agorino todas las voces del campo, despiertas, sobrecogidas de terror ante el crinado relámpago de las azulinas quiebras. El lobo y la loba, en el claro de luna, suspendían sus juegos y aguzaban las orejas. Los pájaros que dormían en los surcos se levantaban azorados acogándose en los olivos con inquieto aleteo. Arreciaba remoto el baladro de los chivos y el machero, encaramado en un tolmo cercado de espumas, rezaba juntando las manos la cigüeña del callado. Sobre un fondo de luceros rugían las secas esguevas.

y sus terreñas encías desmoronaban senlodando el luciente cristal de las quebradas nieves. Una tromba de viento desgreñó el lunero tejado del molino. Las aspas negras y frenéticas rodaban sus cruces sobre el repente de voces asustadas. La riada, abierta en mares, remansada en curvas de espuma, se tendía ganando las vegas. Flotaba sobre el agua un gallinero arrancado de sus pollos, el gallo y las gallinas navegaban cacareando. Gruñía en el fangal una piara. Pronunciabase la gente de las quinterías con gritos y alarmas. Gatos y mujeres desnudas salían a los tejados. En los remansos de las vegas la luna multiplicaba su medalla. El texto que acaban de oír pertenece a un libro de la historia de la humanidad. Agradece a una de las novelas más célebres de Bajinclán, La corta de la vida.

La Corte de los Milagros, publicada en 1927 y perteneciente a la serie inconclusa El Ruedo Ibérico. Esta serie se ha hecho tan célebre que ha dado nombre a todo lo esperpéntico de la vida española. Así, cuando alguien se refiere a una situación grotesca dentro de la clase media-alta o aristocrática, invariablemente suele decir, esto es de Ruedo Ibérico, aunque no haya leído la serie. Todo lector de La Corte de los Milagros habrá observado que la novela se divide en libros y no en capítulos, como suele ser habitual. A su vez, cada libro se subdivide en una especie de secuencias. El texto que vamos a comentar pertenece al libro V, en el que unos bandoleros discuten sobre la suerte de un secuestrado. El texto es la secuencia decimoquinta y última de dicho libro y describe una tormenta que sirve como contrapunto a las escenas violentas que se narran en ese libro. Si tuviéramos que dar título a la descripción de la riada,

utilizaríamos la exclamación con que Valle Inclán abre su secuencia. Esto es, La Riada. Creemos que a su vez el título constituye un excelente resumen del tema. Antes de seguir adelante, es necesaria una aclaración previa sobre la importancia del paisaje en la generación en la que se suele incluir a Valle Inclán, la generación del 98. Azorín, miembro también del 98, escribe que... La emoción del paisaje es una emoción completamente, casi

completamente moderna. En Francia solo data de Rousseau y de Bernardino de Saint-Pierre. En España, fuera de algún poeta primitivo, yo creo que solo la ha sentido Fray Luis de León en sus Nombres de Cristo. El paisaje en los 98istas es diferente al de los realistas decimonónicos. Estos, especialmente Pereda, intentan describirlo atendiendo a la enumeración de una serie de datos que en ocasiones resulta prolija.

La realidad del paisaje, la sensación de la naturaleza, surge como un manantial irrestañable en los primeros libros del siglo. Los hombres del 98, literatura de andar y ver, son eminentemente paisajistas en el sentido más noble de la palabra. Azorín, Machado, Baroja, Unamuno, todos. Y sus seguidores inmediatos, Ortega, Miró. De entre ellos se destaca Vallinclán con filos delgadísimos. Vallinclán es el que más aristocratiza, poetiza ese lenguaje. Notemos que Zamora Vicente se refiere especialmente a las sonatas vallinclanescas, en las que los paisajes son fundamentalmente estáticos, en poco parecidos a este paisaje dinámico que antes hemos leído.

Volvamos al texto que comentamos. Hemos dicho que es una descripción insertada en la corte de los milagros. Oponemos descripción a narración. La primera es un modo de elaboración de la narrativa que consiste en suspender el flujo de los acontecimientos narrados para delinear, con más o menos pormenores, un escenario, un personaje o una situación. La descripción corresponde generalmente a una pausa temporal que transmite una momentánea sensación de inmovilidad de la historia y puede, por tanto, constituir un espacio privilegiado de manifestación de la subjetividad. Vallinclán ha querido situar al lector en el lugar de la acción del libro decimoquinto. Emplea un dinamismo que se asemeja a la técnica cinematográfica de la que tan abundantes ejemplos podemos encontrar en sus últimas obras. La riada hace que todo se trastoque. Ese ambiente en confuso movimiento no se puede expresar con predominio del sintagma nominal, tal como es el caso de la película.

usual en la descripción. Por eso los verbos se adelantan al sujeto. Giraban las aspas, huroneaba el viento, hacían agorino todas las voces del campo, arreciaba remoto el baladro de los chivos, rugían las secas esguevas, flotaba sobre el agua un gallinero arrancado de sus pollos, pronunciabase la gente de las quinterías. El aspecto verbal que predomina en las descripciones es el imperfectivo, que no señala el término de la acción. Las acciones no importan aquí como tales, sino en tanto que describen, por ello se expresan sin determinar cuándo acabaron. El aspecto imperfectivo se puede plasmar con el presente, que es un tiempo neutro, o en pasado. De todos los pasados, el imperfecto es el preferido en la descripción. El pasado vincula más la materia descrita a una circunstancia determinada frente al presente que con la descripción. Se confiere un carácter intemporal a la descripción.

Como los elementos descritos están impregnados de dinamismo, la utilización del pretérito imperfecto es apropiada. Si intentamos sustituir los imperfectos por presentes, tiempo apto también para la descripción, veremos que la riada adquiere unos caracteres de perennidad contrapuestos precisamente a la intención del autor y a la propia materia descrita. Los sintagmas nominales se especifican en tres zonas posibles, determinantes, nombre y modificadores. De estos tres, el único absolutamente necesario es el nombre. Los modificadores pueden ser directos e indirectos. Los primeros quedan realizados en general por el adjetivo y los indirectos por la preposición o conjunción más el sustantivo. Sintagmas

del tipo nombre más modificador directo podemos señalar, entre otros, los siguientes. Pájaros absurdos, quiebra azulada, voces asustadas.

Sin embargo, como se trata de describir elementos distorsionados, Vallinclán suele anteponer el modificador para así insistir más en la dislocación producida por la riada. Veamos unos ejemplos. Nocturna tiniebla, confuso tumulto, espumante torbellino, inquieto aleteo, secas esguevas, terreñas encías, rugiente cristal. Nocturna tiniebla, confuso tumulto, espumante torbellino, inquieto aleteo, Los procedimientos literarios empleados por Vallinclán en la descripción que nos ocupa son de índole diversa. El simbolismo fonético del primer término empleado, riada, realizado por la exclamación, impregna de ruidos aserres las frases posteriores. Recordemos. Giraban las aspas del molino.

vino con un vértigo negro de pájaros absurdos. Uroneaba por los olivares el viento. La zorra aullaba al borde de la barranca y su hálito fosforecía en la nocturna tiniebla. Bajo la luna, la quiebra azulada del horizonte, indecisa de resplandores y nieves, tenía un pronto y confuso tumulto de rebotante marea. Los pájaros que dormían en los surcos se levantaban azorados. Arreciaba remoto el baladro de los chivos. Rugían las secas esguevas y sus terreñas encías desmoronabanse enlodando el luciente cristal de las quebradas nieves. Pero Vallinclán quiere realzar el ruido de la riada con otros elementos. Por eso emplea verbos que nos remiten a zonas significativas de ruido y lamento. Uroneaba, aullaba, rugían, desmoronabanse, desgraciados. El reño rodaban. Todo es incómodo.

inquietud y desaliento. El lobo y la loba, en el claro de luna, suspendían sus juegos y aguzaban las orejas. Los pájaros que dormían en los surcos se levantaban azorados, acogándose a los olivos, con inquieto aleteo. Como la materia descrita está sometida a una violencia inusual, los elementos que intervienen están colocados de forma superpuesta para así darnos en distintos momentos lo que en realidad constituye un todo desorganizado. Los elementos de la naturaleza tormentosa se unen y superponen a la alarma de los animales y a los gritos de las personas. Es de noche. El autor cuenta con ese inconveniente que se ha impuesto a sí mismo. No puede haber, por tanto, contraposiciones colorísticas y por eso abunda lo sensorial auditivo. Pero algo se vislumbra en la oscuridad. Las aspas del molino giran con un vértigo negro. De pájaros.

absurdos. En los remansos de Las Vegas, la luna multiplicaba su medalla. Quizá uno de los pasajes que ofrezca mayor dificultad por su atrevimiento imaginativo sea el siguiente. Rugían las secas esguevas y sus terreñas encías desmoronabanse enlodando el luciente cristal de las quebradas nieves. En este fragmento encontramos además una de las escasas contraposiciones colorísticas del texto, enlodando las quebradas nieves, esto es, enrojando las nieves ya deslustradas. Está claro que las secas esguevas, o sea, los secos conductos de desagüe, no pueden rugir, actividad esta más propia del león, pero los surcos que el agua torrencial hace en la tierra, esguevas, es semejante físicamente a la encía, así al menos lo ha visto Valle Inclán, lo mismo que Gerardo Diego vio una muralla rota como una muralla desdentada. Los surcos de las quebradas nieves son un

se vienen abajo con la riada y el ruido es semejante al del león. Lo podemos decir de otra forma. La descripción que comentamos está hecha por un poeta y, consecuentemente, encontramos abundantes recursos que se suelen emplear con generosidad en la poesía. ¿Cómo ha dispuesto Vallinclán el texto? Con una gradación ascendente. Al desorden inicial

anunciado por la riada le sucede gradualmente una intensificación expuesta en el siguiente fragmento. Bajo la luna, la quiebra azulada del horizonte, indecisa de resplandores y de nieves, tenía un pronto y confuso tumulto de rebotante marea. Saltante, pujante, espumante torbellino de crines al viento. Desde este momento sabemos que la riada aumentará, pues la indecisión ha desaparecido. La tormenta va a ser un gran problema.

a empezar a llevarse cosas y animales. Comienzan a desmoronarse las encías de las esguevas y el viento arranca, desguereña el tejado del molino. Comienza la inundación de las vegas, gatos y mujeres desnudas salían a los tejados. Todo está inundado y la luna se refleja en la vega. Fin